

“DEVOLVIENDO AMOR POR AMOR”
CARTA A LOS FIELES DE LA DIÓCESIS DE COLUMBUS
AL TERMINAR EL MES EN HONOR DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Junio es el mes que los católicos tradicionalmente honramos el Sagrado Corazón de Jesús, un corazón que arde con compasión, misericordia, y amor. En la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, día mundial de oración por la santificación de los sacerdotes, escribí a los sacerdotes de la diócesis, y ahora deseo dirigirme a los fieles.

Aquí en la Diócesis de Columbus, ha habido un resurgimiento de la devoción al corazón de Jesús. El obispo Campbell, mi venerable predecesor, re-consagró la diócesis al sagrado corazón. Muchas familias han empezado cada vez más a entronizar el sagrado corazón de Jesús en sus hogares, y la red de Entronización del Sagrado Corazón, tiene su base de operaciones aquí. Un congreso anual del sagrado corazón se lleva a cabo cada año en la diócesis.

La devoción al sagrado corazón de Jesús ha sido un ancla en la espiritualidad de los católicos por muchos siglos. Santa Gertrudis la Grande habla de esta devoción, hace más de 900 años atrás. Todos estamos familiarizados con los eventos en Paray-le-Monial en Francia, en el siglo XVII, cuando santa Margarita María Alacoque vio, tocó, y habló con Jesús sobre el deseo de él de que su corazón fuera venerado como un signo de su amor por nosotros y su deseo de que lo amemos. San Claudio de la Colombiere apoyó a santa Margarita María, y san Juan Eudes tuvo éxito en establecer la festividad litúrgica del sagrado corazón, el cual se extendió en la Iglesia universal en 1856.

Para conmemorar el 350 aniversario de las revelaciones del sagrado corazón de Jesús en Paray-le-Monial, se ha declarado un año jubilar, empezando el 27 de diciembre del 2023 y continuará hasta el 27 de junio del 2025, en la solemnidad del sagrado corazón. La diócesis estará planeando un

peregrinaje a Francia durante el año jubilar. El lema del año jubilar es “Devolviendo amor por amor”.

Devolviendo amor por amor: Su amor por nosotros

Ya que Jesús mismo habló de la festividad como un intercambio de amor entre Él y su pueblo, debemos preguntarnos qué significa eso. ¿Qué significa amar? Nuestra cultura moderna ha cambiado la definición de amor como una extensión de algo que frecuentemente tiene muy poco significado real cuando hoy se utiliza el término.

Sin embargo, en lo profundo de las escrituras y en lo profundo de las experiencias de aquellos quienes han seguido y se han acercado al Señor, hay un significado y hay asombro en la palabra ‘amor’. Podemos buscar en las escrituras y encontrar allí la base de todo amor. La revelación de Dios como Trinidad desde el Génesis hasta Juan se nos abre como un misterio de amor. El amor del Padre se ve a lo largo del Antiguo Testamento: El amor de Dios por su creación; el amor específico por Abraham y sus descendientes; su amor por el pueblo judío con quienes entró en una alianza conyugal; y su amor manifestado a través de los profetas, llamando constantemente a los suyos a la fidelidad. En el Antiguo Testamento, el corazón de Dios es revelado como uno lleno de misericordia y compasión. Él es el Padre que es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en bondad y fidelidad.

Pero, en la plenitud de los tiempos, Dios revela su sagrado rostro a través de su Hijo muy amado. Jesús dice, “*si me han visto, han visto al Padre.*” El corazón de Jesús está lleno de compasión por los pecadores, por los enfermos y los que sufren. No son solamente meras palabras sino también son sus gestos que revelan el amor de su corazón. El corazón de Cristo está revelado aún más completamente en su ofrenda sacrificial en la cruz, el cual está íntimamente conectado con la sagrada eucaristía.

En *Deus Caritas Est*, el Papa Benedicto XVI escribió:

“Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la “oveja perdida”, la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al

entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf. Jn 6, 31-33).” (núm. 12-13)

Es así como Cristo revela la profundidad de su amor por nosotros como discípulos. El corazón de Jesús sacerdote es un corazón eucarístico. Él nos da el sacramento de caridad, que a cambio exige demandas: un intercambio de amor por amor. En un lenguaje filosófico más contemporáneo, podríamos decir que participamos de Su Ser; nosotros también hemos sido creados para relacionarnos- por un gran y ardiente amor que nos une a aquellos a quienes amamos y nos aman. Incluso la filosofía posmoderna ha descubierto tardíamente que ninguna persona es completa sin amar a otro. No podemos estar completos sin amar al “otro”.

Devolviendo amor por amor: Nuestro amor por Dios

¿Qué significa amar al “otro”, amar a Dios? Aquí es donde el poder y el misterio del sagrado corazón nos habla más profundamente, más estrechamente. A Jesús, montado en el gran símbolo del amor más profundo y poderoso, esto es, en la cruz, lo cual significa dar todo lo que tengo por amor a los demás.

Para Él, eso significa vaciarse de todo lo que él era y de todo lo que él tenía solo por tu salvación y la mía. Rendido calladamente en la cruz. La Palabra parecía incluso haber perdido a su Padre. Escuchemos al Cristo agonizante como nos lo presenta el poeta del siglo V, Romano el Méloda. *“Descendí hasta lo más bajo de las sombras, vi en el abismo y grité, “Padre ¿dónde estás?” Pero oí solo la eterna e ingobernable tormenta... Y cuando vi desde el inmensurable mundo a los ojos de Dios, fue como una cavidad vacía, sin fundamento, que miraba fijamente a los hombres, y la eternidad descansaba en el caos, carcomiéndola, cavilando.”*

Por Cristo, nosotros nunca experimentaremos ese terrible silencio, esa terrible sensación de abandono tan profundo como lo experimentó Jesús en la cruz. Podremos sufrir, pero siempre sabremos que el caos ha sido vencido y el abismo se rinde impotente ante el poder de la resurrección. Para nosotros, amor siempre significará que, para mí, el bienestar de los demás es más importante que el mío, como nuestro bienestar fue más importante para el corazón del Señor que su propio bienestar. Aún, como Benedicto XVI también lo resalta en *Deus Caritas Est* (cf.n.8), el hombre no puede vivir de oblações, o solo por un amor descendiente (el cual es altruista, generoso), sino que Cristo también debe recibir amor.

El corazón de Jesús pide nuestros corazones para Él y para aquellos a quienes Él ama- incluso nuestros enemigos y extraños. Discipulado y evangelización se convierten en una expresión de amor, especialmente cuando se presentan las dificultades, cuando sentimos interiormente sufrimiento y tristeza, desacuerdo, sensación de fracaso, e incompetencia. En cada una de esas dificultades, el corazón herido de nuestro Señor nos habla desde la cruz- *“Ámalos como yo te he amado. Sufre por ellos sabiendo que el misterio de la resurrección y redención muchas veces descansa en lo profundo de nuestros dolores, como sucedió conmigo en el calvario.”*

Nuestro mundo esta lleno de negativismo y juicio. Nuevamente, parece que el corazón de los hombres y mujeres ha crecido frío. El Papa Francisco nos sigue exhortando a ser una “Iglesia de misericordia” y que, nosotros como católicos, podamos mostrar misericordia y paciencia, incluso con aquellos que nos critican constantemente, saltando a conclusiones, o mirándonos con desprecio y arrogancia. Mientras nuestra naturaleza nos impulsa a juzgar o a tomar venganza cuando somos maltratados, debemos devolver amor por el amor que hemos recibido de Cristo, el cual supera el dolor que experimentamos.

Las palabras de Jesús, “pon la otra mejilla”, “camina una milla más” y “ama a tus enemigos”, no son frases vacías. Son las expectativas básicas de sus discípulos. Desde la cruz, incluso pronuncia, *“Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”*. Aquellos por quienes el corazón del Señor ha amado hasta entregarse totalmente, son merecedores de nuestros dolores, su bienestar es tan importante, tal vez, incluso más importante que nuestra felicidad y confort.

¿Cómo elevarnos ante la grandeza de ese llamado, tan frágiles como somos, en el mundo moderno? Jesús dice, *“Yo soy la vid y ustedes los sarmientos. Lejos de mí, nada pueden hacer”*. De muchas maneras nuestra gran

respuesta a esta pregunta es la Eucaristía, a través de la cual descubrimos que somos amados más de lo que nosotros podemos amar, a través de la constante unión de nosotros con el sufriente pero resucitado Señor en el Santísimo Sacramento.

Santa Isabel de la Trinidad dice de la Eucaristía, *¿No es eso un pedacito de cielo?*” Estamos unidos con Jesús por quien hemos sido salvados. Esa unión, una vez libre de las sombras del tiempo y la conciencia humana, es nuestra vida eterna. Estamos casi allí cada vez que nos acercamos al altar, cada vez que consumimos la hostia y bebemos el cáliz, cada vez que compartimos con aquellos que el Señor nos ha dado para amar.

Muchos años atrás, cuando aún estaba en el seminario, hice un retiro privado con el Padre Carl Moell, SJ, sobre el sagrado corazón de Jesús. Había sido devoto al corazón de Jesús desde mi juventud, y rezaba con regularidad las letanías al sagrado corazón. El padre me pidió que reemplazara el “ten misericordia de nosotros” al final de cada invocación, por el “muéstranos el gozo y deleite de tu corazón”. Eso me ayudó a ser más positivo y alegre. Les recomiendo esta practica para que ustedes proclamen con valentía y gozo el misterio del amor de Dios cuando sus enemigos no entiendan su amor o rechacen dar amor a cambio.

Devolviendo amor por amor: Amor eucarístico

Mientras empezamos el año del Avivamiento Eucarístico a nivel parroquial, quiero reflexionar con ustedes en mi experiencia de las misas y procesiones eucarísticas que se llevaron a cabo en toda la diócesis. Ellos fueron un recuerdo de que Dios no abandona a su pueblo, y que, en realidad, Él camina con nosotros- en medio de nuestras ciudades y pueblos. Su presencia es un recordatorio de que el amor de Dios nunca falla, además Él se acerca al pueblo de Dios y a todos aquellos que aún no creen en Dios, a través de ustedes y a través del misterio eucarístico que es ofrecido y que celebramos. La fe y devoción del pueblo de Dios que participó en estas celebraciones, me brindó esperanza en el futuro de nuestra diócesis.

Tiempo y espacio no me permiten comentar sobre todas las misas y procesiones, pero voy a hacer algunas observaciones. Primero, fueron celebraciones de gozo. Hay una tristeza que se impregna en la cultura de hoy, una enfermedad mortal en la cual la amargura domina la vida privada, social, política y cultural de las personas. La desconfianza se ha establecido y las personas ya no están dispuestas al gozo. La sociedad ha avanzado en ciencia y

tecnología, pero, aunque esas cosas hacen la vida más fácil, no eliminan la tristeza. Una nueva sociedad “técnica”, enraizada en eficiencia, ha surgido, pero no hay cantidad de tecnología que pueda producir gozo real y duradero. ¿Por qué no?

El Papa Pablo VI dijo que el gozo viene de más allá, es espiritual. La tristeza viene dentro del hombre. Aunque es conveniente culpar a Dios de muchos males, sufrimientos, miserias, y pobreza, etc. que hay en el mundo, es importante reconocer que esos son el resultado del interior débil de los individuos. El Papa Juan Pablo II reconoció que, en la raíz de la estructura o pecado social, hay también pecado personal- debilidad interior (ref. *Reconciliatio et Paenitentia*, 18).

Contribuye a esta tristeza, una cultura utilitaria, en la cual se tiende a valorar a las personas basados en lo que ellos hacen, tiene, y contribuyen, en lugar de basarse en quienes somos como personas. Yendo más allá, incluso una más técnica y eficiente sociedad nos está alejando de las raíces de culturas ancestrales, que estaban centradas en el ser y la belleza, en lugar de su utilidad y eficiencia. El gozo de estar simplemente juntos y disfrutar de la compañía de los demás está disminuyendo.

Algunas personas no pueden imaginarse disfrutar algo. Se han convertido en desconfiados, convencidos que ellos vivirán en la condición en la que se encuentran, sin esperanza de una verdadera mejora. Incluso muchos han perdido la sensación de eternidad. No podemos decir que la Iglesia no ha sido afectado por esto. El mismo Santo Padre, ha mencionado que algunos cristianos celebran una ¡Cuaresma sin Pascua! Si, hay una crisis de gozo y deseo de estar juntos, incluso dentro de la Iglesia.

¿Cómo remediamos esto? La Eucaristía es el sacramento que nutre el gozo cristiano. Es el signo sacramental más fuerte del señorío pascual de Cristo, recordando su victoria pascual sobre el pecado y la muerte. En la Eucaristía, Cristo está entre nosotros. El gozo de saber que él ha ganado, se preserva y comparte. La Eucaristía no es incompleta o se debilita como los placeres de este mundo, y formamos parte de ello para experimentar gozo; es un gozo duradero. El gozo es el fruto del Espíritu Santo, el cual Jesús soplo sobre los apóstoles en la primera pascua, cuando ¡se regocijaron al ver al Señor resucitado!

Segundo, fueron celebraciones de fe. Recuerdo la primera misa y procesión en la parroquia San Pedro en Columbus; fue organizado por la comunidad hispana. Cerca de mil personas asistieron. Fue impresionante de ver muchos padres, madres, y niños hacer el compromiso de estar allí para la misa y

cuan devotos recibían la sagrada comunión. Muchos no tienen el suficiente acceso a los sacramentos en sus países de origen, pero ahora que hay sacerdotes que cuidan de ellos, vienen a misa.

Igualmente de emocionante fue la reverencia durante la procesión, la cual estuvo mezclada con música y oraciones. Los hombres a cargo de los estacionamientos se arrodillaban en el asfalto, cuando las temperaturas estaban cerca de los 100 grados; se quitaban las gorras, y más importante aún, sus hijos seguían sus ejemplos. Esta piedad popular, la cual enciende el corazón, es la medicina necesaria para una Iglesia demasiado funcional y burocrática.

Tercero, estas misas y procesiones representan la eterna belleza de la fe. En Zanesville y Lancaster, donde la Iglesia católica ha estado presente por más de dos siglos, grandes muchedumbres participaron. El ofrecimiento de la liturgia en el oratorio San Leo, en la forma antigua, fue un recordar de que la Iglesia también tiene raíces profundas; la participación de una comunidad que a veces se siente marginada o perseguida, ha demostrado también una profunda comunión con el obispo local y la iglesia local. En todas estas celebraciones, los servidores, el coro y el clero se aseguraron de que todo fuera hermoso para Dios.

En Santo Tomás en Zanesville, donde la gente no ha podido tener el culto dentro del templo por más de tres años, demostraron que la Iglesia está hecha de piedras vivas, mientras celebraban la liturgia hermosamente. Ellos nunca dudaron de dar testimonio de la belleza de Dios y su presencia en medio de la brutalidad del mundo moderno.

La fealdad del mundo moderno se ve en la falta de proporciones adecuadas a las cosas. Hay una genuina falta de sentido de medida y ritmo. Todo en nuestro mundo es a paso rápido. La vida está marcada por excesos, por vivir sin descanso o contemplación. La gente está cada vez más inmoderada en el hablar, vestir, consumo de comida y bebida, en el tamaño de las casas y carros. Solo queda un pequeño espacio para la quietud, la proporción, lo sobrio, lo austero.

En contraste con la fealdad dominante, está el corazón de Jesús, el cual es un corazón eucarístico. Justamente, la Eucaristía es llamada la imagen de la belleza; la hermosa festividad; y el hermoso “pan”. En la Basílica de la Asunción en Lancaster, se experimentó la dimensión mariana de la misa. María nos recuerda la belleza con su sola presencia. Ella es llamada la *tota pulchra*-toda bella. Ella es hermosamente representada en el arte, pero lo que es realmente hermoso en ella, es el trabajo de la gracia de Dios. Ella fue concebida

inmaculada-con inocencia- y vivió en total conformidad con Cristo. San Juan Eudes nos recuerda que su inmaculado corazón y el corazón de Jesús laten como uno solo.

Cuarto, incluso las pequeñas comunidades son capaces de dar hermosas ofrendas a Dios. En Mount Vernon, inicialmente parecía que nadie se iba a presentar, pero fueron llegando, incluso niños que hicieron su Primera Comunión. Los feligreses incluso permitieron que pusieran altares de devoción en sus jardines. Cada persona contribuye con algo, y esto debe ser un recordatorio para cada párroco de cada parroquia, a no desestimar el pueblo santo de Dios, ni reprimir el trabajo del Espíritu Santo promoviendo las devociones eucarísticas.

Quinto, la ofrenda de la misa y las procesiones, ofrecen esperanza al pueblo. Esto se hizo realmente presente en Portsmouth. Esa región, devastada por la epidemia del opioide y la falta de empleo, está en necesidad de esperanza. La procesión desde la parroquia Santo Redentor hasta Santa María fue un verdadero recordatorio de la misericordia que fluye del corazón de Jesús y de sus sacerdotes. Cristo no abandona a su rebaño, y el pueblo de Portsmouth ha mostrado una gran resistencia. El amor de Dios, fluyendo del sagrado corazón, nos renueva y restaura nuestra juventud de corazón.

Sexto, la misa y la adoración eucarística nos recuerdan que la misericordia y el amor de Dios son incesantes. Esto fue abundantemente claro en una de las celebraciones que no fue publicitada, la misa que tuvo lugar en la Correccional de London. Nuestro Señor eucarístico podía penetrar las paredes de una celda para recordar a los hijos de Dios que están allí, que ellos no están olvidados y que son amados. Aquellos que se encuentran encarcelados son felices y agradecidos cuando un sacerdote viene a verlos. Tal vez, más que en cualquier otro lado, hay una oportunidad para que un sacerdote muestre su corazón pastoral-un corazón por el abandonado, olvidado y despreciado.

Devolviendo amor por amor: Presencia Real, Futuro Real

Todo esto es para decir que esto es el comienzo de una renovación dentro de la Diócesis de Columbus. Este año es el año del Avivamiento Eucarístico a través de las parroquias, y la oficina diocesana de evangelización está lista para apoyarlos en sus esfuerzos.

Desde hace algún tiempo, hemos llevado la iniciativa Presencia Real, Futuro Real. Las recomendaciones finales han sido aceptadas o rechazadas;

nuevas asignaciones han sido hechas; y una nueva fase en la vida de la Diócesis de Columbus, está empezando.

El Papa Pablo VI dijo una vez, *“La Iglesia necesita un Pentecostés perenne. Ella necesita fuego en su corazón, palabras en sus labios, profecía en su actitud.”* (Pablo VI, Audiencia General, 29 de noviembre, 1972).

Hoy, también hay una falta de sentido de trascendencia y de nuestro destino final. Sin un deseo de vivir en el Espíritu, la gente aún quiere saber sobre el futuro. Aunque la ciencia y la razón nos pueden decir muchas cosas, ellos no pueden predecir en forma precisa todos los futuros eventos. La gente está perdiendo el sentido de un *último* futuro. Ello ven los grandes cambios culturales, políticos, tendencias sociales y noticias. ¿Dónde estamos? Cuando la gente dice, “nos estamos dirigiendo hacia el futuro”, ¿qué quiere decir realmente?

La Eucaristía es el sacramento del futuro con Dios. La Iglesia no solo habla de un último futuro, sino que también lleva a cabo trabajos que lleven al hombre a su final escatológico. Ella evangeliza, da nacimiento a la fe, la cual lidera a la visión beatífica. Ella bautiza, creando las condiciones de adopción como hijos de Dios en vista de ser herederos del Reino. Ella celebra la Eucaristía, la promesa de la gloria futura.

Finalmente, ella es testigo de caridad como un responsable del sacramento de la caridad, en anticipación del Juicio Final, en el cual será decisivo la manera en que tratamos a nuestros hermanos y hermanas. Quiero enfatizar esto: una cosa es tener hermosas liturgias y tener la imagen de católico, pero nunca es suficiente. Nosotros debemos ser transformados en misioneros del amor de Dios, particularmente a través de aquellos que sufren por pobreza, adicción, y otras formas de miseria humana.

El domingo es el día eucarístico por excelencia- una afirmación de la fe escatológica de la Iglesia. Para la iglesia peregrina, el domingo es el memorial del don escatológico del Espíritu, que anticipa la Parusía. La eucaristía inaugura nuevos tiempos y hace la vida del pueblo de Dios un viaje dinámico hacia la presencia del Dios vivo. La celebración de los domingos, nos recuerda que el trabajo es relativo, que estamos hechos para descansar y regocijarnos en el Señor.

Durante este año, les pido a cada uno hacer un esfuerzo más, e invitar a aquellos que se han alejado de la iglesia. La invitación personal tiene un gran impacto. El corazón de Jesús, antes y ahora, se mueve con compasión, y Él alimenta la muchedumbre hambrienta.

Al finalizar junio, el mes en honor del Sagrado Corazón de Jesús, quiero que sepan lo profundo que aprecio su fe. Los encomiendo a ustedes y sus familias al Sacratísimo Corazón de Jesús, ofreciéndoles mis bendiciones a ustedes y los suyos.

Completamente suyo en el Sacratísimo Corazón de Jesús,

A handwritten signature in blue ink that reads "+ Earl K. Fernandes". The signature is written in a cursive style with a cross at the beginning.

Monseñor Earl K. Fernandes
Obispo de Columbus